

LA COCINITA DE HIERRO

Anita se estaba divirtiendo mucho jugando en el patio de su casa, cocinando la comida de sus muñecas Raquelita y Tilita. Por supuesto su cocinita no era más que una tablita puesta sobre dos cajoncitos, sus platos eran pedazos de loza rota que su madre había descartado. Pero en imaginación tenía una muy linda cocina. Anita era una niña de solo cinco años de edad, con pecas en la nariz y cabello largo que a veces le tapaba los ojos.

Pronto tuvo todo listo y colocado sobre una mesita hecha con una caja, y cuando se aprestaba a alimentar a sus hambrientas "hijas", oyó a su madre que la llamaba.

Anita se quedó muy quieta, no quería dejar su juego en este momento tan interesante y deseaba que su madre no oyese ningún movimiento.

- ¡Anita! – volvió a llamar la mamá. ¿Quieres venir a la casa de la Sra. Burgos y ver a Patricia?

Olvidándose de todo lo demás, Anita se puso de pie de un salto y corrió prestamente al interior de la casa.

Por supuesto que quería ir. Patricia era la hija única de la familia Burgos y tenía muchos lindos juguetes.

¡Hasta tenía una casita de muñecas!

- ¿Cuándo vamos? ¿Ahora mismo? – Preguntó vivamente la niña.

- Sí, querida. Pero tienes la cara sucia. Corre a lavarte y saldremos.

Después de lavarse la cara y peinarse el cabello, salió con su madre hacia la casa de la Sra. Burgos. Patricia estaba jugando en su casita de manera que Anita fue hasta allí.

- ¡Mira Anita! – Dijo Patricia – mamá me ha comprado algunos muebles nuevos para mi casita ¿son lindos, verdad? Ahora podré deshacerme de algunos muebles viejos.

- ¿Los vas a arrojar a la basura? – Preguntó Anita, casi sin aliento, pues pensaba que tal vez se los regalaría.

- Bueno, no los voy a tirar - explicó Patricia. – Mamá dijo que se los iba a mandar a mis primas.

Anita se divirtió mucho durante las horas siguientes jugando a las casitas con su amiguita. Una cosa de la cual casi no podía sacar sus manos era la cocinita nueva de hierro. No era grande, pero era muy linda. Las hornallas tenían tapitas, exactamente como las de su mamá, y en la parte de atrás había un caño por donde salía el humo. Hasta tenía un horno. ¡Oh, si tan sólo pudiera tener una igual! Pensaba. Pero sabía que su mamá le diría que no tenía suficiente dinero para comprársela.

Finalmente la madre salió a la puerta y llamó a Anita, pues ya debían irse a casa.

- ¿No puedo quedar un momentito más? – Preguntó Anita.

- Sí, por favor, déjela un poco más – rogó Patricia.

- Lo lamento, querida - dijo la mamá, - pero será mejor que nos vayamos.

Y dándose vueltas hacia la Sra. Burgos, terminó su conversación con ella. Anita apenas tuvo tiempo para entrar de nuevo a la casita a buscar su muñeca Tilita, que había traído consigo

Pero aprovechó la oportunidad para alzar rápidamente la cocinita de hierro y, ocultándola bajo la muñeca, echó a correr para alcanzar a su madre, que emprendía el regreso a su casa. Anita había actuado con tanta presteza, que Patricia no había notado sus movimientos.

Mientras regresaba a casa, iba caminando un poco rezagada, detrás de su madre. Esta no lo notó, pues estaba estudiando un modelo que había pedido prestado. Tan pronto como llegó a su patio, Anita corrió a donde estaba su propia casita de juegos, hizo a un lado la estufita que había arreglado, y con ternura puso en su lugar la cocinita de hierro y dio un paso atrás para admirarla. ¡Qué linda le parecía!

Oyó que se cerraba la puerta trasera de la casa, y rápidamente puso algo sobre la cocinita. ¿Sería su madre que venía? Con un sentimiento de culpabilidad, dirigió una mirada hacia la casa. No, la mamá no venía en esa dirección, sino que daba vuelta a la casa. Anita sabía que no debería haberse apoderado de la cocina; pero era tan linda que la había tentado. La destapó, y se puso de nuevo a jugar. Pero cada vez que oía un ruido, volvía a cubrir la cocina. Finalmente se entusiasmó de tal manera en su juego que se olvidó de toda vigilancia.

- Anita – oyó de repente que le decía su madre de pie al lado de ella - ¿dónde conseguiste esta cocinita?

Anita se puso de pie de un salto y agachó los ojos. No dijo una sola palabra.

Pero la madre volvió a preguntar:

- ¿De dónde la sacaste? ¡Contéstame! – insistió, puesto que la niña no decía una palabra.

- La... encontré – dijo lentamente Anita.

- ¿Dónde?

- Cuando volvíamos a casa. La encontré en unas matas – dijo Anita, mintiendo.

La mamá se agachó y alzando la cabeza de la niña para mirarla en los ojos, le preguntó, con expresión triste:

- Anita, ¿es ésta la cocinita de Patricia?

Al principio Anita lo quiso negar, pero de repente se echó en los brazos de su mamá y con voz llorosa confesó la verdad. La madre mantuvo abrazada durante unos minutos a su hija que lloraba, y luego le dijo:

- Anita, sabes muy bien que tendrás que llevarla de vuelta.

- ¿Vas a venir conmigo?

- Te acompañaré hasta el portón, pero tendrás que llevarla adentro tú misma. Porque sabes que es muy malo apoderarse de las cosas que pertenecen a otros.. Y si lo hacemos, debemos devolverlas. Esto significa que debes llevar esta cocinita a su dueña y pedirle que te perdone. También debemos pedir a Jesús que te perdone, ¿no te parece?

- Sí, mamá – dijo Anita con voz triste.

Después de arrodillarse y pedir perdón a Jesús, Anita y su madre se fueron hacia la casa de la Sra. Burgos. Anita llevaba la cocinita de hierro, que ya no le parecía tan deseable. ¡Cuánto habría dado por no haberla sacado de su lugar! ¡Cómo arrastraba los pies mientras caminaba! ¡Qué lejos le parecía la casa cuando esta mañana le había parecido estar a tan corta distancia!

Al llegar al portón, la madre dijo que debía seguir adelante sola. Anita dio unos pasos, y miró con ansiedad a su madre. Esta sonrió para alentarla, pero se quedó donde estaba. De manera que Anita debió llegar sola a la puerta y llamar. Abrió la Sra. Burgos, y detrás de ella estaba Patricia.

Cuando esta última vio de quien se trataba, se adelantó rápidamente preguntando:

- ¡Oh, Anita! ¿Viniste para jugar?

- No Patricia, traje esto de vuelta.

Y poniendo la cocinita en las manos de la sorprendida Patricia, se dio vuelta para irse. Recordó, sin embargo, que su madre le había dicho que debía pedir perdón, así que, dándose vuelta otra vez, dijo, pero en voz muy baja:

- Lamento habérmela llevado a casa.

Y girando sobre sus talones echó a correr hacia su madre. La Sra. Burgos miró a la mamá de Anita y ambas cambiaron una sonrisa comprensiva. La mamá de Anita se agachó y tomó a su hijita en los brazos; luego emprendieron el regreso a casa, dándose la mano. Ahora la niña caminaba alegremente; no necesitaba tener ya miedo de todo ruido que hiciera mientras jugaba. Ya no había peligro que su mamá la sorprendiese con algo que no le pertenecía.

Anita es ahora una señorita, pero nunca se olvidó de la lección que aprendió ese día.